

SEMINARIO DEL CONSEJO DE LA PRENSA PERUANA
 “CONSTRUYENDO SOCIEDADES DEL CONOCIMIENTO: ACCESO
 - PODER – GOBERNABILIDAD”

-Excmo. Señor

Roger D. Hart

Embajador del Reino Unido, Gran Bretaña en el Perú

Excmo Sr. Muelo Pabala Emb. de Francia en el Perú

-Sr. Abid Hussain

Relator Especial para la Libertad de
Opinión y Expresión de la ONU

*Excmo Sr. Rafael Eldred Coto de
Brazel en el
P.*

-Sr. Enrique Zileri Gibson

Presidente,

Consejo de la Prensa Peruana

-Sr. Alejandro Miró Quesada Garland

Director General

Diario El Comercio

~~-Sr. Maxtuel Romero Caro~~

~~Presidente del Consejo de Honor de la Prensa Peruana~~

Doña Juan ~~Inte~~ participando

Señoras y señores:

Al examinar la condición de nuestro tiempo, resulta inevitable converger en este lugar común: la nuestra es una sociedad informatizada, en la cual las comunicaciones y las tecnologías que las sostienen han cobrado tal preponderancia que se han convertido en el signo que define la época. Somos, en efecto, ciudadanos de un mundo dominado por los medios, y por ello este caos torrencial de información se ha convertido en una de nuestras mayores

preocupaciones. Necesitamos consumir mensajes a diario, y no siempre con el fin de tomar contacto con lo que acontece en el mundo y pensar en ello, pues, en verdad, gran parte de la información que recibimos nos brinda un amplio imaginario destinado a la evasión o la ensoñación, quizá porque, como escribió el poeta Thomas Eliot, *la especie humana no puede soportar tanta realidad*. Entonces comprendemos que la comunicación es mucho más que transmisión de datos y que más bien es una inmensa esfera que envuelve toda nuestra existencia.

Así pues, vivimos en un mundo de multitud de mensajes, en una amplia y siempre creciente zona de diversidad mediática, pero acaso ello no garantiza que sepamos más de nosotros mismos y de nuestra relación con los demás. Ahora bien, ¿existe una real novedad en nuestra vida actual? Y de ser así ¿qué podemos esperar de nuestro tiempo y qué exigencias morales nacen con este mundo?

Estas preguntas forman parte de nuestro cotidiano paisaje mental y poseen sentido porque, en buena cuenta, no podemos ignorar que la transmisión y la acumulación de ideas siempre han sido, para la sociedad humana, fuente de grandes transformaciones que han marcado las vidas individuales y colectivas a lo largo de nuestra historia. En definitiva, es imposible concebir los grandes saltos tecnológicos o las innovaciones políticas o las revoluciones estéticas sin

tener presente que ellos son la precipitación crítica de una previa acumulación de saberes que, lejos de disolverse en pasajeras experiencias individuales, se concentran en ese depósito de conocimiento colectivo que llamamos cultura y que sólo existe gracias a nuestra capacidad de almacenar y transmitir símbolos.

Con justa razón han sostenido los filósofos griegos antiguos que la propiedad que define al hombre es la de estar dotado de palabra, pues tal cualidad esencial le permite pensarse a sí mismo, discernir su relación con las cosas e imaginar realidades alternativas. La sociedad sería muy distinta, o más bien no sería posible, si careciéramos de este don por el cual la realidad se hace interpretable, establecemos una comunidad de experiencias y nos constituimos así en seres-con-los-otros. El *homo sapiens* es, pues, un *homo locutor*, un hombre que habla para entrar en relación con su mundo. Saber e informar de ese saber constituyen una cadena siempre inacabada por la cual el conocimiento se incrementa para abrir nuevos horizontes. Sin duda, antes que comerciar alimentos o herramientas, los seres humanos intercambiaban ideas y es sobre ese intercambio universal que se han alzado todas las civilizaciones humanas.

Hablamos de una naturaleza que nos ha acompañado a lo largo de toda nuestra historia, la de seres que hacen su vida al comunicarse. Y sin embargo, advertimos que sólo en las últimas décadas hemos optado por señalar las comunicaciones como el elemento que identifica distintivamente a nuestra

época, a la que escuetamente denominamos la era de la información. ¿Qué hay, pues, de nuevo en el entorno contemporáneo para que las comunicaciones sean, más que un componente entre otros, el elemento que lo define?

Un primer intento de respuesta es el hecho evidente de que hoy la información satura el ambiente y que ésta circula con velocidad e intensidad asombrosas a través de la extraordinaria diversidad de medios que brinda la tecnología. Y es significativo que, en toda la historia de la humanidad, ningún invento se haya diseminado por el globo con la rapidez con la que se ha multiplicado la red informática mundial, a tal punto que ciertos gobiernos han asumido como una prioridad para el siglo XXI el lograr que todos los hogares estén conectados de manera instantánea por esa vía a cualquier rincón del mundo.

Empero, si nuestra época posee la marca singular de la información, es porque esta densidad de las comunicaciones trasciende la simple dimensión cuantitativa para convertirse en fuente generadora de un entorno social cualitativamente distinto. En esta precipitación de fenómenos derivados del mundo globalizado y de las nuevas tecnologías de la información, el conocimiento preciso, puntual e instantáneo pasa a desempeñar un papel que antes estaba reservado para otras dimensiones del quehacer humano. En

efecto, si en épocas pretéritas un hombre ocupaba una posición en el mundo social en virtud de lo que era, poseía o hacía, hoy la tendencia se orienta a convertir el saber en la nueva medida de su estatus. De allí que el acceso a información sea la clave que integra al hombre en la médula del mundo contemporáneo. Así lo observa Jeremy Rifkin, quien sostiene que *El acceso se ha convertido en la etiqueta o símbolo general para la realización y el avance personal, de forma tan poderosa como la idea de democracia lo fue para generaciones previas. Es una palabra simbólica, llena de significación política.* Nos dice, pues, Rifkin, que la posibilidad de tomar contacto con el conocimiento posee un valor que supera las ventajas estrictamente profesionales, pues se constituye en un elemento primordial que da fuerza a la experiencia cívica.

Estas reflexiones se hallan en consonancia con esa mirada fenomenológica que define al sujeto como ser-en-el-mundo. En esta expresión, el universo humano aparece como horizonte general de nuestra autodefinición. Si ello es así, necesariamente un cambio en la fisonomía de ese entorno reclama naturalmente que los sujetos conscientes se redefinan a sí mismos. Así, en este nuevo espacio tecnológico el sujeto está llamado a constituirse en ser-informado-en-el-mundo. Sin duda, esta nueva cualidad que se exige a la persona amplía los terrenos de su participación en la vida pública y por tanto crea condiciones que deberán ser favorables para el florecimiento de sociedades democráticas. Sin embargo, el fenómeno es complejo y por tanto

no es posible que olvidemos que esta emergente naturaleza genera a su vez su propia frontera de marginación, pues en definitiva la exclusión recaerá sobre quienes no participan de esta red de comunicaciones. Así, si en el mundo de hoy la información nos fortalece, la desinformación nos niega. Y al observar esta fragmentación, cabe que nos preguntemos sobre la verdad y la consistencia de un mundo que se autodenomina globalizado.

En efecto, en vecindad con el despliegue fastuoso de la ola informática, subsiste un mundo de gentes incomunicadas, desconectadas de esta corriente y, por tanto, víctimas de una brecha creciente que los aparta cada día de las posibilidades de desarrollo. Las cifras son muy elocuentes: hacia finales del siglo XX, un 65% de la población mundial no ha realizado nunca una llamada telefónica y un 40% no cuenta con fluido eléctrico. La aldea global, entonces, quizá resulte una mesa mucho más estrecha y con menos convidados que lo imaginado por sus más entusiastas apologistas.

Así pues, no es posible pensar en un futuro de justicia sin proponerse extender los beneficios de la tecnología: ello no es en modo alguno una meta frívola, sino una manera de lograr cambios socialmente relevantes aprovechando de manera óptima el conocimiento con el que contamos. Por ello, con justas razones entendemos que a los viejos derechos humanos

esenciales se agrega hoy el derecho de toda persona y de toda sociedad a estar informadas.

Pero la expansión tecnológica es tan sólo el primer paso, pues no podemos desconocer que este nuevo horizonte de nuestra existencia colectiva alberga también peligros de enorme magnitud, sobre los que nuestros escritores y artistas nos han prevenido a lo largo del siglo y a los que es necesario conjurar. Las utopías perversas imaginadas por Orwell o Huxley a mediados del siglo XX advierten, en efecto, el potencial maligno de los procedimientos comunicativos cuando manos sectarias los monopolizan a fin de secuestrar ese patrimonio común que es el saber y así disponerlo al servicio de sus ambiciones. Si el poder aloja en sí la posibilidad de ser usado para el mal, esa potencia se acrecienta, qué duda cabe, cuando la vida social depende, en la medida en que lo hace hoy, de las fuentes de información. Pero tengamos en cuenta que la mentira o el uso interesado de las verdades parciales sólo pueden prosperar si tal empleo corrupto de la información goza del monopolio. Por ello en las sociedades democráticas la libertad irrestricta para informarse y para opinar es el antídoto destinado a detener toda aventura autoritaria.

Naturalmente, el valor de la libertad excede largamente esta facultad de oponer barreras al totalitarismo. Ella es, en primer lugar, una fuerza constructiva en sí misma, una condición del hombre moderno que le permite

hacer de la sociedad que habita un espacio ético y que pone en sus manos la posibilidad de aprovechar los recursos de manera eficiente en beneficio propio y de sus semejantes.

Políticamente, esto se traduce en la vigencia de los sistemas democráticos, los cuales, al construirse sobre la confianza en las elecciones de las personas, demandan que los ciudadanos estén informados. Por ello, este modelo democrático que todos valoramos se nutre de la multiplicidad de canales, del flujo libre e incesante de informaciones y opiniones en competencia abierta y leal. De manera que la libertad de información y de expresión no constituye tan sólo una concesión del Estado a los ciudadanos, sino un cimiento sin el cual el mismo edificio político colapsaría.

Señalado lo anterior, el papel de los comunicadores ha de verse como una de las columnas sobre las que se sostiene un mundo que deseamos abierto, libre y democrático, pues es por las manos y las mentes de ese conjunto de expertos que circula ese flujo de datos, opiniones, imágenes que llamamos información.

Así, no se incurre en una metáfora vacua cuando se designa a la prensa como un poder público. Se trata, en efecto, de un poder real más tangible aún en el tipo de sociedad con las características que hemos señalado. Ahora bien, como todo poder, el de los medios de comunicación se halla poseído de responsabilidad. Y es necesario hacer hincapié en esto, pues la

responsabilidad dibuja un contorno para nuestras acciones y les fija un marco dentro del cual éstas son moralmente significativas. La pregunta entonces es cómo conciliar esta honrosa obligación, que es la responsabilidad de los comunicadores, con el imprescindible atributo de la libertad.

Creo no equivocarme al afirmar que el nexo que concilia ambos ideales reside en un concepto rico y amplio de racionalidad, es decir, conciencia crítica, que no se confina al simple cálculo de beneficios, sino que se proyecta además a los terrenos de la moralidad que exige un autoexamen sistemático y permanente. Sin embargo, el despertar de esta conciencia es hoy, más que nunca, un propósito que se ve opacado por el dominio de la virtualidad, ante el cual las experiencias auténticas ceden.

En efecto, velados los bordes que distinguen lo real de lo falso, los imaginarios creados y transmitidos por los medios se convierten muchas veces en unidades de valor para juzgar nuestra propia existencia. Reducido a la condición de mero consumidor de imágenes y de mediocridad, el hombre contemporáneo pierde su autonomía y se vuelve en un ser heterónimo, vaciado de determinaciones y juicios propios. Por ello, a decir del sicólogo social Abraham Moles, en la época de la multiplicación de los medios, *el hombrecillo es la medida de todas las cosas*. Convertir a los hombres en homúnculos desaprensivos es uno de los riesgos más perversos que arrojan dudas sobre nuestro futuro: se vuelve así a la oscuridad de la caverna platónica, pero ahora

el sujeto no desea examinar lo que existe detrás de la sombras, sino que, arrellanado en su desinterés moral, se complace en la inmediatez de su experiencia. Asistimos así al nacimiento de un hedonista mediatizado, que desconoce su propio rostro y que, como señalara Octavio Paz, es el moderno Narciso que se mira en el espejo y no se ama.

No es una vana especulación el sostener que el destino de la humanidad se define en recomponer una jerarquía de valores con los cuales iluminar nuestros actos. De este modo, todos nosotros, y especialmente quienes laboramos en el terreno del saber, estamos llamados a asumir el viejo pero nunca cancelado desafío de discriminar lo bueno de lo malo y obligarnos así a sujetarnos a la verdad y al bien. No es fácil seguir este camino, especialmente en estos tiempos en que, según se afirma, vivimos en una sociedad post-industrial o post-ilustrada, en la que pueden haberse esfumado los valores morales, éticos y estéticos de la Edad Moderna. Aun aceptando esta caracterización, ella sólo es sensata, es decir, dotada de sentido, si no desconoce que lo propiamente humano permanece y nos interroga, de modo más intenso en los momentos y en las situaciones aparentemente más confusas, reclamándonos lucidez para entender y vivir.

Por ello, bien ha de comprenderse que recuperar la objetividad (la cual, bien mirada, no significa correr tras una imposible neutralidad), colocar en el

corazón mismo de la técnica la dignidad humana, propiciar un lenguaje luminoso y transparente, son algunos de los desafíos del comunicador en esta era de transformaciones continuas y radicales, motivadora de confusión y desconcierto, pero que asimismo suscita nuevas y aún insospechadas posibilidades para mejorar y engrandecer nuestra existencia.

Estos intereses no constituyen una especulación aislada: ellos ya ocupan un espacio en la conciencia de un conjunto importante de los especialistas de la comunicación. Lo comprobamos en la realización de este encuentro, una iniciativa loable del Consejo de la Prensa Peruana que la Universidad Católica saluda y celebra.

Señores invitados:

Quiero concluir mi intervención expresando el agradecimiento de nuestra Casa de Estudios a las entidades que ofrecieron su generoso apoyo a la realización de este Seminario. Deseo, pues, saludar a las embajadas de Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá y Finlandia; asimismo, expreso el reconocimiento de la Universidad a la Defensoría del Pueblo, a la Fundación Ebert, a Global Knowledge Partnership y al Consejo Británico.

La verdad adelgaza y no quiebra y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua. Este es uno de los ingeniosos dichos del Quijote. Varios siglos después, tal sentencia no ha perdido actualidad ni significado y quizá describe con precisión los sinuosos tránsitos de la vida pública peruana en los últimos meses. Si hay una lección que podemos extraer de los acontecimientos que vivimos, ella es la de reafirmarnos en la convicción de que el acceso a la información y la transparencia de los actos públicos, sometidos al examen de una prensa independiente y con libertad para interrogar, constituyen condición necesaria para la subsistencia de la vida democrática y para que ella, superando todas sus imperfecciones, nunca se aleje del servicio a los ciudadanos.

Hoy en buena cuenta nos hemos reunidos para reflexionar la vigencia de este principio. Por ello, en nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú, institución comprometida con la verdad y los valores morales de la ciudadanía, es para mí muy grato ofrecerles la más cordial bienvenida.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

14 de Noviembre del 2000